

Bestseller de *THE NEW YORK TIMES*  
de la autora de *NO LOGO, ESTO LO CAMBIA TODO*

A stylized graphic of a flame in shades of orange and yellow, centered behind the title text.

# EN LLAMAS

Un (enardecido) argumento  
a favor del GREEN NEW DEAL

**NAOMI KLEIN**

PAIDÓS

## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Cita
- Introducción: «Nosotros somos el fuego»
- 1. Un agujero en el mundo
- 2. El capitalismo contra el clima
- 3. Geoingeniería: tanteando las aguas
- 4. Cuando la ciencia dice que la revolución política es nuestra única esperanza
- 5. El tiempo climático versus el ahora constante
- 6. Deja de intentar salvar el mundo tú solo
- 7. ¿Un Vaticano radical?
- 8. ¡Que se ahoguen! La violencia de la alterización en un mundo que se calienta
- 9. Los años del «salto»: cómo poner fin al relato de la infinitud
- 10. Respuesta en caliente sobre un planeta caliente
- 11. Temporada de humo
- 12. Lo que está en juego en nuestro momento histórico
- 13. Fue el capitalismo el que mató nuestro impulso climático, no la «naturaleza humana»
- 14. La catástrofe de Puerto Rico no tiene nada de natural
- 15. Serán los movimientos los que configuren, o destruyan, el Green New Deal
- 16. El arte del Green New Deal

Epílogo: breve argumentación en favor de un Green New Deal

Agradecimientos

Créditos de los textos publicados

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

## Sinopsis

Durante más de veinte años, Naomi Klein ha sido la cronista más importante de la guerra económica que se ha librado contra las personas y el planeta, y ha defendido incansablemente un plan ecológico de gran alcance cuyo eje principal es la justicia. Entre sus elegantes reportajes, escritos desde la primera línea de catástrofes naturales contemporáneas, encontramos una serie de ensayos intensos e indispensables para el público que nos traen advertencias proféticas y urgentes sobre el futuro que nos espera si nos negamos a actuar, así como destellos de esperanza por un futuro mucho mejor. *En llamas* reúne, por primera vez, más de una década de sus apasionados artículos y material inédito sobre las abrumadoras consecuencias de nuestras elecciones políticas y económicas inmediatas.

Estos extensos artículos nos muestran la versión más profética y filosófica de Klein, quien investiga la crisis climática no solo como un profundo desafío político sino también como un reto espiritual e imaginativo. Profundiza en asuntos que abarcan desde el conflicto entre el tiempo ecológico y nuestra cultura del «ahora perpetuo» hasta la inspiradora historia de la capacidad de los humanos de cambiar y evolucionar rápidamente cuando se enfrentan a graves amenazas, pasando por el ascenso de la supremacía blanca y las fronteras convertidas en fortalezas como una forma de «barbarie climática», en lo que constituye una llamada a la acción para salvar a un planeta que se encuentra al borde del abismo.

Con crónicas desde la fantasmal Gran Barrera de Coral o los cielos sofocados por el humo año tras año en el noroeste del Pacífico, desde un Puerto Rico azotado por un huracán o un Vaticano que trata de instigar una «conversión ecológica» sin precedentes, Klein nos dice que solo lograremos estar a la altura del reto existencial planteado por el cambio climático si estamos dispuestos a transformar los sistemas que han provocado esta crisis.

Estas páginas son una investigación de gran alcance que considera que la lucha por un mundo más sostenible puede separarse de la lucha por nuestras vidas. Así, *En llamas* captura la sofocante urgencia de la crisis climática, así como la ardiente energía de un movimiento político en alza que exige un catalítico Green New Deal.

# EN LLAMAS

Un (enardecido) argumento a favor del Green  
New Deal

Naomi Klein

Traducción de Ana Pedrero Verge y Francisco J. Ramos

Mena

PAIDÓS   
Barcelona • Buenos Aires • México

*Para Arthur Manuel*

1951-2017

El futuro no está predestinado a seguir un curso inevitable. Al contrario: podríamos causar la sexta gran extinción masiva en la historia de la Tierra o podríamos construir una civilización próspera y sostenible a largo plazo. Cualquiera de las dos opciones es posible a partir de ahora.

KIM STANLEY ROBINSON

## Introducción: «Nosotros somos el fuego»

Un viernes de mediados de marzo de 2019 salieron de los colegios formando riachuelos, burbujeantes por la emoción y el desafío que suponía aquel acto ilícito de absentismo escolar. Aquellos riachuelos desembocaban en grandes avenidas y bulevares, donde se unían a otras corrientes de niños y adolescentes que coreaban y charlaban, vestidos con mallas de leopardo, impecables uniformes o cualquier otro atuendo imaginable.

Esos riachuelos no tardaron en convertirse en ríos caudalosos: cien mil asistentes en Milán, cuarenta mil en París, ciento cincuenta mil en Montreal.

Sobre el oleaje humano se mecían carteles de cartón: ¡NO TENEMOS UN PLANETA B! NO QUEMÉIS NUESTRO FUTURO. ¡NUESTRA CASA ESTÁ EN LLAMAS!

Algunas pancartas eran más complejas. En la ciudad de Nueva York, una niña sostenía un exuberante dibujo de delicados abejorros, flores y animales de la jungla. Desde lejos parecía un mural escolar sobre la biodiversidad; visto de cerca, era un lamento sobre la sexta extinción masiva: HEMOS PERDIDO EL 45 % DE LOS INSECTOS COMO CONSECUENCIA DEL CAMBIO CLIMÁTICO. EL 60 % DE LOS ANIMALES HAN DESAPARECIDO EN LOS ÚLTIMOS CINCUENTA AÑOS. En el centro había pintado un reloj de arena en el que el tiempo estaba a punto de agotarse.

Para los jóvenes que participaron en la primera huelga de estudiantes por el clima a escala global, aprender se ha convertido en un acto de radicalización. Con sus primeros cuentos, los libros de texto y las grandes producciones de docu-

mentales aprendieron sobre la existencia de los antiguos glaciares, de los deslumbrantes arrecifes de coral y los mamíferos exóticos que conforman el sinfín de maravillas que ofrece nuestro planeta. Y entonces, casi al mismo tiempo —gracias a sus profesores, hermanos mayores o a las segundas entregas de esos mismos documentales—, descubrieron que gran parte de aquella belleza ya ha desaparecido, y que gran parte de la que queda figurará en la lista de «extinguidos» antes de que ellos cumplan treinta años.

Pero saber de la existencia del cambio climático no fue lo único que llevó a aquellos jóvenes a abandonar en masa las aulas. A muchos de ellos también los motivó el hecho de estar viviéndolo. A las puertas del Parlamento de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, cientos de jóvenes en huelga exigieron a coro a sus líderes electos que dejaran de aprobar proyectos de extracción de combustibles fósiles. No hacía más de un año que esta ciudad de cuatro millones de habitantes había padecido una sequía de tal gravedad que tres cuartas partes de la población se enfrentó a la posibilidad de abrir el grifo y que no saliera ni una gota de agua. CIUDAD DEL CABO SE ACERCA AL «DÍA CERO» DE LA SEQUÍA, rezaba uno de tantos titulares de entonces. Para esos niños, el cambio climático no era algo sobre lo que habían leído en los libros o a lo que temer desde la distancia, sino que estaba tan presente en sus vidas y era tan urgente como la propia sed.

Ese fue también el caso en la huelga por el clima celebrada en el país insular de Vanuatu, en el Pacífico, cuyos residentes viven con el miedo a que la costa se erosione todavía más. Sus vecinas del Pacífico, las Islas Salomón, ya han perdido cinco islas por culpa de la subida del nivel del mar, y seis más corren un alto riesgo de desaparecer para siempre.

«¡Elevad la voz, no el nivel del mar!», coreaban los alumnos.

En la ciudad de Nueva York, diez mil niños y niñas de decenas de colegios se dieron cita en Columbus Circle y marcharon hacia la Trump Tower al canto de «¡El dinero no importará cuando hayamos muerto!». Los adolescentes más mayores de los allí presentes tenían recuerdos vívidos de cuando la megatormenta Sandy azotó su ciudad costera en 2012. «Mi casa se inundó y yo no entendía nada —recordaba Sandra Rogers—. Eso me motivó a investigar, porque en el colegio no te enseñan estas cosas.»

La inmensa comunidad puertorriqueña de la ciudad de Nueva York también salió en masa aquel día atípicamente caluroso para esa época del año. Algunos niños llegaron envueltos con la bandera de Puerto Rico para recordar que sus familiares y amigos siguen sufriendo las consecuencias del huracán María: la tormenta de 2017 que dejó sin electricidad y agua a grandes fracciones del territorio durante casi un año, en lo que constituyó un colapso total de las infraestructuras que se cobró las vidas de aproximadamente tres mil personas.

Los ánimos también estaban caldeados en San Francisco, donde más de mil alumnos en huelga explicaron que padecen asma crónica por culpa de las industrias contaminantes que hay en sus barrios, y cuya salud empeoró todavía más cuando el humo de un incendio forestal ahogó al Área de la Bahía tan solo unos meses antes de la huelga. Los testimonios fueron parecidos en las salidas de las aulas en la región del Noroeste del Pacífico, donde el humo de unos incendios sin precedentes bloqueó el sol durante dos veranos seguidos. Poco tiempo antes, al otro lado de la frontera norte, en Vancouver, la presión ejercida por los jóvenes había surtido efecto al lograr que el Ayuntamiento declarara la existencia de una «emergencia climática».

A más de once mil kilómetros de distancia, en Delhi, los alumnos en huelga hicieron frente a la siempre presente contaminación en el aire (a menudo la peor del mundo) para gritar des-

de el interior de sus mascarillas quirúrgicas blancas: «¡Habéis vendido nuestro futuro para obtener beneficios!». Al ser entrevistados, algunos hablaron de las devastadoras inundaciones en Kerala que acabaron con la vida de más de cuatrocientas personas en 2018.

El ministro de recursos australiano, a quien tanto carbón parece haber confundido, declaró: «Lo mejor que aprenderéis yendo a una manifestación es cómo hacer cola en el paro». Lejos de ser disuadidos por semejantes declaraciones, ciento cincuenta mil jóvenes acudieron a las plazas de Sídney, Melbourne, Brisbane, Adelaida y otras ciudades. Esta generación de australianos ha decidido que, sencillamente, no puede fingir que todo va bien. Y menos cuando, a principios de 2019, la ciudad sureña australiana de Puerto Augusta alcanzó los 49,5 °C, una temperatura propia de un horno. Y menos cuando la mitad del Gran Arrecife de Coral, la estructura natural compuesta de criaturas vivas más grande del mundo, se ha convertido en una fosa común submarina en plena descomposición. Y menos cuando, en las semanas anteriores a la huelga, vieron cómo la conjunción de varios incendios forestales se convirtió en una gran masa de llamas en el estado de Victoria y obligó a miles de personas a abandonar sus hogares mientras, en Tasmania, una serie de incendios incontrolados destruyeron bosques pluviales milenarios incomparables a cualquier otro ecosistema del mundo. Y menos cuando, en enero de 2019, una combinación de cambios extremos de temperatura y una mala gestión del agua hizo que el país entero se levantara una mañana y se encontrara con imágenes apocalípticas del río Darling atascado por culpa del millón de cadáveres de peces que flotaban en su superficie.

«Nos habéis fallado de forma estrepitosa —dijo la organizadora de la huelga Nosrat Fareha, de quince años, dirigiéndose a la clase política en su conjunto—. Merecemos más que

esto. Los jóvenes ni siquiera podemos votar, pero tendremos que convivir con las consecuencias de vuestra inacción.»

En Mozambique no hubo huelgas estudiantiles; el 15 de marzo, el día de la huelga global, el país entero se estaba preparando para el impacto del ciclón Idai, una de las peores tormentas de la historia de África que llevó a la población a buscar refugio en las copas de los árboles a medida que subía el agua, y que terminó cobrándose las vidas de más de mil personas. Y tan solo seis semanas después, mientras todavía estaban limpiando los escombros, el país sería azotado por el ciclón Kenneth, otra tormenta sin precedentes.

Vivan en el lugar del mundo en el que vivan, los miembros de esta generación tienen algo en común: son los primeros para quienes las perturbaciones climáticas a escala planetaria no suponen una amenaza futura, sino una realidad vivida. Y no solo en algunos lugares desafortunados, sino en todos y cada uno de los continentes, y todas ellas están sucediendo a un ritmo significativamente más acelerado de lo predicho por la mayoría de los modelos científicos.

Los océanos se están calentando un 40 % más rápido de lo que predijeron las Naciones Unidas hace tan solo cinco años. Y un extenso estudio sobre el estado del Ártico que se publicó en abril de 2019 en la revista *Environmental Research Letters*, encabezado por el reconocido glaciólogo Jason Box, descubrió que el hielo en sus distintas formas se está derriendiendo con tal rapidez que «ya es un hecho que el sistema biofísico ártico se está alejando de las tendencias de su estado en el siglo xx para acercarse a un estado sin precedentes cuyas implicaciones no se limitarán únicamente a la región ártica». En mayo de 2019, la Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas de las Naciones Unidas publicó un informe sobre la asombrosa pérdida de fauna y flora en todo el mundo en el que advertía de que un millón de especies de animales y